

la aportación de San Ignacio de Loyola a su tiempo

Antonio M. Navas

Ignacio de Loyola es de las personas que han dejado huella en la historia, personalmente y a través de la Compañía de Jesús. Sólo por eso ya es razonable abordar su figura al conmemorarse el quinto centenario de su nacimiento. Pero quizá una de las cuestiones a considerar sea si, además de dejar huella, hizo alguna aportación considerable a su mundo que pueda constituir un legado apreciable para la Iglesia o para la Humanidad. Es razonable pensar que las soluciones que creyó encontrar para los problemas de su tiempo, no sean transferibles sin más al nuestro; pero como en otros casos similares al suyo, serán sus intuiciones fundamentales y su actitud de fondo las que podrán ayudarnos a afrontar la complejidad de nuestro momento, como un fermento capaz de suscitar planteamientos nuevos ante retos nuevos.

La cultura al servicio de la fe

La Cristiandad contemporánea de Ignacio intentaba sacudirse el anquilosamiento en que se vivía respecto a la cultura y la fe, recurriendo a la civilización grecorromana como catapulta de una renovación que se consideraba necesaria en todos los órdenes de la vida. Resultaba deprimente la situación de la cultura, perdida en los últimos recovecos de una Escolástica decadente, donde los grandes temas de Dios, el mundo y el hombre habían sido desplazados con frecuencia por

cuestiones abstrusas que fomentaban el mero ejercicio mental, pero que se despegaban de las que realmente interesan a la existencia humana¹.

El Humanismo, sobre todo a lo largo del siglo XV, propone una revitalización de la sociedad, que se inspire en Grecia y Roma para todo lo que signifique cultura, y que vuelva a las fuentes del Cristianismo para encontrar las vías de renovación de la Iglesia por las que se estaba suspirando desde el siglo anterior. Su propuesta era muy concreta en este punto: vuelta al Cristianismo primitivo, basándose preferentemente en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres. Sólo así se podría cumplir con el anhelo general de los fieles, que pedían la reforma de la *cabeza y de los miembros* de la Iglesia y, además, por este orden.

Los responsables jerárquicos no estaban por la labor, y daban toda suerte de largas a tales exigencias, formuladas con especial contundencia en los concilios de Constanza y Basilea, intentando prolongar una situación insostenible a los ojos del pueblo, que los consideraba especialmente ávidos de riquezas y de poder y que sólo advertía renovación en todo lo que constituía el boato y el refinamiento de las nuevas formas de vida que el renacimiento iba trayendo consigo.

Ignacio estudió algún tiempo en las universidades de Alcalá de Henares y Salamanca, pero recibió su formación de la universidad de París². Allí aprendió a valorar las Humanidades, hasta el punto de incluirlas en el plan de estudios de los colegios de la Compañía. En ellos se tenía acceso al mundo de la Antigüedad, a través de textos expurgados para los jóvenes, pero que suscitaban el aprecio hacia los escritores paganos, como modelos a seguir en este campo. Con ello Ignacio transmitía el mensaje implícito de que Dios está presente allí donde se dan el arte, la belleza o el ingenio, frente a quienes en su misma época consideraban tales dones como instrumentos de perversión, particularmente para la juventud³.

¹ A quien le interese conocer la interrelación entre Humanismo, Renacimiento y reforma en la Iglesia, le vendrá bien consultar A. FLICHE - V. MARTIN, *Historia de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días, Vol XVII: El Renacimiento*, Edicep, Valencia 1974.

² Para detalles biográficos precisos conviene consultar R. GARCÍA-VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*, Editorial Católica, Madrid 1986.

³ Ver *Constituciones de la Compañía de Jesús* [359], en: I. IPARRAGUIRRE, *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, Editorial Católica, Madrid 1963. La cita de las Constituciones en corchetes es universal, sin que influyan las ediciones que se realicen de su texto. El Examen para candidatos a la Compañía, va antepuesto en las ediciones a las Constituciones, y formando un cuerpo con ellas.

Puesto que algunos enarbolaban la bandera de la Teología Positiva más como medio para desacreditar a la Teología Escolástica que para ayudar a la presentación de la fe, Ignacio intenta una vía de conciliación. Recomienda a Tomás de Aquino como maestro a seguir en lo fundamental, pero sin incorporarse a ninguna de las escuelas que intentaban interpretarlo. Propugnará más bien el enriquecimiento de lo mejor de la Teología Escolástica con la frescura del recurso a la Sagrada Escritura y a los Santos Padres, para evitar la cerrazón sobre sí misma que padecía aquélla, incapacitándola para abrirse a la problemática emergente. Con esta síntesis dotaba a la Teología de solvencia metodológica, al mismo tiempo que de flexibilidad, contribuyendo a su revitalización al servicio de la Iglesia y de los hombres⁴.

En cuanto a la vida que llevaban los obispos y papas de su tiempo, no constituía en la mayor parte de los casos un ejemplo a seguir en la evangelización de nuevo cuño que se necesitaba y, por ello, descarta de la Compañía el acceso al episcopado como camino para un mayor servicio en la Iglesia. No quiere que los jesuitas sean obispos, si no es en tierras de misión, donde haya mucho que trabajar y poco que figurar. Porque tanto la corte pontificia, como el comportamiento de un buen número de obispos y de eclesiásticos relevantes, eran responsables en gran parte del quebranto sufrido por la Iglesia en los dos últimos siglos, y de la ruptura de los reformadores que la tenían por entonces en vilo⁵. Y lo que se afirmaba de los obispos, con mayor razón se podía decir de los cardenales. Por esto no es de extrañar que se oponga al nombramiento de Francisco de Borja como cardenal, pues piensa que el testimonio que daba, movido por Dios, de renuncia a las ambiciones mundanas, quedaría invalidado por el mero hecho de aceptar⁶. Y es que siempre estuvo profundamente convencido de que la fuerza del mensaje del Evangelio radica en ofrecerlo desde la humildad que consiste en no estar por encima de nadie, y desde la pobreza de quien no se vende (o compra) por intereses distintos de los de Jesús.

Preparación filosófica para evangelizar mejor

La crisis de Lutero puso en evidencia que, dentro de los teólogos fieles a Roma, apenas si podía encontrarse uno capaz de medirse con él, no desde las argucias escolásticas de una Teología sin alma, sino desde el empeño por

⁴ *Constituciones de la Compañía de Jesús* [464], en: I. IPARRAGUIRRE, obra citada.

⁵ Ver *Carta al P. Miguel de Torres*, en: *Monumenta Historica Societatis Iesu* (= MHSI), vol 22, pp. 460-470.

⁶ Ver *Carta a Francisco de Borja*, en: MHSI, vol 29, pp. 283-284.

deslindar qué había de aprovechable, y qué no, en sus afirmaciones sobre un montón de puntos vitales en la vida cristiana. El Nominalismo en Filosofía se oponía vigorosamente a la pretensión de los escolásticos de poder explicar la realidad a partir de la mente humana. Sostenía por el contrario que los términos usados por ellos no tenían más valor que el de la etiqueta con que se marca un producto, sin que eso significara correspondencia con su realidad intrínseca. Se enfrentaban así dos tendencias filosóficas, el Nominalismo y el Realismo, siendo la primera bastante escéptica respecto a la capacidad de nuestra mente de llegar a la realidad en sí, y siendo la segunda especialmente confiada respecto a dicha capacidad.

En este mismo marco se presentaba con gran intensidad otra polémica sobre el papel de la Filosofía respecto a la Teología. Los teólogos más tradicionales tendían a considerar a la primera sierva de la segunda, limitándola a una función metodológica que excluía su propia autonomía. Sin embargo otra serie de pensadores sugerían la posibilidad de que hubiera una doble verdad, la filosófica, junto con la teológica, aunque al final fuera esta última la determinante. Incluso en algún caso se insinuaba ya claramente, como hizo Giordano Bruno, que la verdad filosófica es autónoma e independiente de la teológica, no pudiendo nunca ésta anular a aquélla. Es sobradamente sabido que Giordano Bruno fue ajusticiado por la Inquisición por intentar mantener esta postura en terrenos que afectaban claramente a la fe. No obstante, la duda sobre la validez de los contenidos de la fe cristiana, tal y como eran contemplados por la Iglesia Romana, estaba ya suficientemente arraigada como para explicar el papel de los reformadores autónomos que surgieron a partir del estallido de Lutero. Sólo que ellos, en lugar de apoyarse para sus críticas en la autonomía de la razón o en planteamientos filosóficos, partían fundamentalmente de la Sagrada Escritura, tal y como ella interpela la conciencia del cristiano.

Ignacio se conservó fiel a las enseñanzas recibidas en la Sorbona. Quería que los jesuitas se formaran «al modo de París»⁷, y ello implicaba el mantenimiento de la Filosofía, junto a las Humanidades y la Teología. Para él la única verdad residía en la fe cristiana en unión con la Iglesia jerárquica, pero eso no significaba que la Filosofía fuera menospreciada. En los colegios de la Compañía se impartía con un método que intentaba recoger lo mejor del Realismo de la Escolástica y del Nominalismo del momento. En sus contenidos nunca rozaba la pureza de la fe, pero en su método era rigurosa hasta el punto de contribuir con

⁷ Ver *Instrucciones a los Padres enviados a Alemania*, en: MHSI, vol 42, pp. 245-246. También *Carta al P. Claudio Jayo*, en: MHSI, vol 28, pp. 604.

el tiempo a su posible emancipación de la tutela teológica. El rigor en el modo de pensar y de sacar conclusiones de todo tipo está trasluciendo en él y en los jesuitas de su tiempo, que consideran muy importante pensar por sí mismos. A pesar de todo se detendrán respetuosos en los límites de lo que podría resultar ofensivo para la fe.

Es de notar el influjo de esta seria formación intelectual en la necesidad que siente de que se observe la obediencia, consciente de que no habría ninguna otra forma de gobernar a entendimientos bien dotados. Su capacidad de defender posturas contrapuestas los haría enfrentarse entre sí, de no ser por la *unión de los corazones*⁸. Esta es la única capaz de evitar los enfrentamientos, a través de la obediencia profesada, o por solidaridad con los compañeros de faena. Y es notable la utilidad que procura se saque de tal diversidad de pareceres, cuando recomienda una y otra vez que se comuniquen entre sí los jesuitas todas las ideas que se les ocurran para una evangelización más eficaz, por la seguridad que tiene de que Dios se manifiesta a través de las facultades humanas de cada uno de ellos, dejando al superior la decisión última, en orden a aprovechar mejor la riqueza resultante de las diversas iniciativas de sus súbditos.

Vivir según el evangelio, indispensable para comunicarlo

En la primera mitad del siglo XVI la Iglesia había caído en un gran descrédito, por no aceptar sus máximos responsables los anhelos de reforma que surgían de los fieles. Bastantes obispos y algunos papas llevaban vida de grandes señores (con capítulo especial de gastos para limosnas incluido) y contradecían con los hechos lo que predicaban con las palabras. Ignacio, como hemos visto más arriba, al ver que la situación del alto clero dejaba mucho que desear, no aspiraba a insertarse en él, ni deseaba que lo hicieran los miembros de la Compañía. En un momento como aquél, formar parte de la jerarquía equivalía a ofrecer una imagen de poder y de boato incompatibles con el mensaje de Jesús.

Por ello Ignacio tiene interés en vivir junto con sus compañeros como clérigos reformados, procurando superar los aspectos más conflictivos de la relación entre clérigos y laicos. Desde los tiempos de Avignon, en pleno siglo XIV, la Curia Romana producía la impresión de interesarse más por las rentas a percibir de los fieles a cambio de sus servicios, que por atenderlos en sus necesidades espirituales y temporales. Este apego a la riqueza seguía presente en

⁸ Ver *Constituciones de la Compañía de Jesús* [659] y [821], en I. IPARRAGUIRRE, obra citada.

la Curia de principios del siglo XVI. Como contraste Ignacio tiene interés en que los jesuitas *den gratis lo que reciben gratis*, hasta el punto de aceptar limosnas o donaciones, pero no por los servicios prestados, sino por voluntad expresa de quien quiera colaborar en el apostolado de la Compañía de Jesús⁹.

Se le nota deseoso de que aparezca pronto un papa reformador. Su alegría es enorme cuando Marcelo Cervini es elegido y toma el nombre de Marcelo II, pero sus esperanzas sufren un duro golpe cuando muere 21 días después. Su sucesor, Pablo IV, lejos de tranquilizarlo, le procuró nuevos motivos de preocupación, que no hicieron desaparecer su disposición a colaborar con el papa, pero que le hizo mantenerse a la defensiva con él, ya que sus planes de fusionar los jesuitas con los teatinos no le parecían a Ignacio una medida acertada. Incluso soporta el registro de la casa central de Roma, por deseo del papa, que acusó a Ignacio de ocultar armas en ella para asesinarlo, sin que se considere ofendido y sin enfrentarse abiertamente con él¹⁰; porque siempre consideró que la unión con el sucesor de Pedro es fundamental para quien quiera hacer algo por la Iglesia y por el mundo, aun cuando no se coincida en todo con sus puntos de vista.

En donde pone toda su esperanza es en su legado máspreciado: los Ejercicios Espirituales. Siempre pensó que son lo mejor que puede hacer cualquier persona que quiera poner su vida a disposición de Dios¹¹, sin reservarse nada que El no quiera. Los Ejercicios responden a la experiencia espiritual que tuvo en Manresa, donde *Dios lo instruía como a un niño*¹², y como tal experiencia se propone a quien quiera tener una semejante. No son un libro de máximas o de lectura espiritual, aunque contenga textos de gran belleza y utilidad para la vida interior. Son una guía para quien acompaña a otros en la experiencia, concebida con la máxima flexibilidad, para poder secundar la labor del Espíritu en otra persona con el menor número de interferencias humanas. Lo mismo pueden hacerse a lo largo de un mes, que durante la vida normal de una persona, si se quiere abrir a todo lo que propone Ignacio en ellos. Pero incluso son susceptibles de reducción a diez días o una semana, sin que por ello pueda decirse que se mutilan en nada esencial. En realidad Ignacio los propone de una duración equivalente al tiempo que Dios se tome con cada persona para ganarla para sí. De los Ejercicios salió el primer grupo de amigos que se unió a él para

⁹ Ver *Constituciones de la Compañía de Jesús* [565–568].

¹⁰ Ver algunos detalles significativos en L. VON PASTOR, *Historia de los papas*, Vol XIV, Barcelona 1927, pp. 213–217.

¹¹ Ver *Carta al P. Manuel Miona*, en: MHSI, vol 22, pp. 111–113.

¹² Ver *El Relato del Peregrino. Autobiografía de Ignacio de Loyola*, Mensajero, Bilbao 1990, pp 28.

formar la Compañía de Jesús y de esa misma vivencia han surgido en los siglos posteriores multitud de iniciativas por parte de quienes decidieron entregarse a Dios y a los demás después de hacerlos. Sin lugar a dudas los Ejercicios constituyen la aportación más importante de Ignacio a la Iglesia y a la Humanidad, por su cualidad de motor de las personas que deseen entregarse a Dios sin reservas, y dar de sí lo mejor que tengan, en el estado de vida que El les sugiera.

Colaboración conflictiva con la autoridad de la Iglesia

A partir del Cisma de Occidente, solucionado a principios del siglo XV por el Concilio de Constanza, la autoridad pontificia había quedado considerablemente quebrantada. De modo particular porque todos los estamentos de la Iglesia buscaron la perdida unidad con más interés que los propios papas. La experiencia fue tan traumática, que los cristianos se vieron en la necesidad de recurrir a un concilio universal para obligar a los papas enfrentados a entrar en razón. El resultado fue que el concilio ganó en prestigio, mientras el papado perdía fuerza a los ojos de los fieles. La corriente conciliarista llegó a afirmar formalmente la superioridad del concilio sobre el papa. Este acusó el golpe intentando reafirmar su autoridad absoluta, evitando cualquier discusión posterior que pudiera hacerla vacilar. Así asistimos a una serie de tensiones a lo largo del siglo XV, que desembocarán en la crisis luterana a principios del XVI, en parte por la resistencia del papado de la época a tomar en consideración los anhelos generalizados de reforma *en la cabeza y en los miembros*, a los que ya hemos hecho alusión¹³.

La postura de Ignacio y sus compañeros es netamente anticonciliarista, con apoyo incondicional a la autoridad papal, entendida en modo absoluto, de acuerdo con la tradición de más peso en la Iglesia latina¹⁴. No obstante, se echa de menos alguna matización respecto a la extensión o al modo de ejercer dicha autoridad, en personas como ellos, que no podían estar ajenas a la problemática conciliarista del momento. Baste recordar que el propio Lutero apelará al concilio contra el papa, para que actúe como árbitro supremo entre los dos. Tampoco hubiera extrañado algún influjo de la Sorbona en Ignacio en este campo, en el sentido de favorecer una cierta autonomía en las iglesias locales o nacionales, dado que en Francia existía una corriente notable de ciertas diferencias frente a

¹³ Ver A. FLICHE - V. MARTIN, obra citada en la nota 1.

¹⁴ Ver la versión española de la *Fórmula del Instituto aprobada por Julio III*, en I. IPARRAGUIRRE, obra citada, pp. 411-412.

Roma, sobre todo desde principios del siglo XIV, fomentadas particularmente por su rey Felipe el Hermoso.

Sin embargo parecen ser las necesidades del momento las que relegan a un segundo plano esta cuestión para Ignacio y sus compañeros. La Iglesia está viviendo un desgarramiento muy doloroso, frente al cual hay cosas más urgentes que hacer que plantearse la posibilidad de enfrentamiento entre el papa y el concilio. Lo que las circunstancias están pidiendo son personas fieles a Roma, que se pongan a su disposición con la mayor generosidad posible, y que no admitan brechas en el campo católico, ni siquiera en asuntos tan secundarios como el uso de candelas o de ornamentos de culto¹⁵. Entre todo lo que sea discutible procura seleccionar aquello que contribuya a fomentar el afecto hacia la Sede Apostólica. Todo esto teniendo en cuenta que, aunque el papado no era todavía lo que debía ser, en tiempos de Ignacio ya había mejorado sensiblemente respecto a los pontificados de finales del siglo XV y principios del XVI.

Pero donde hace una aportación original en este terreno es en considerar al papa no sólo como Vicario de Cristo, sino como el más informado en las necesidades de la fe y de los cristianos en el mundo. Esto lo mueve, junto con sus compañeros, a instituir el cuarto voto de obediencia al papa respecto a las misiones, que pretende ofrecer a la Santa Sede un grupo de personas totalmente disponibles, para que pueda emplearlas en los lugares en que hagan más falta, sin tener que preocuparse de proveerlas ni siquiera del dinero para el viaje. Esta disponibilidad exigía y exige personas que *no busquen sus propios intereses, sino los de Jesucristo*¹⁶. Y de esta actitud nacerá un impulso misionero mantenido en vida de Ignacio y tras su muerte, llevando jesuitas a echar una mano en circunstancias realmente conflictivas en partes muy diversas del mundo.

A pesar de todo esto Ignacio tuvo conflictos serios con la autoridad (en la pretendida fusión con los teatinos o la promoción al cardenalato de Francisco de Borja), pero aquí aplicó la otra cara de la obediencia, complementaria con la anterior: la resistencia por impulso del Espíritu a lo que pretende la autoridad, de modo respetuoso, pero firme, cuando el Espíritu parece mover interiormente a ello, manteniéndose fiel a lo que ve y siente sobre el particular, hasta donde sea posible, dentro del respeto y la veneración debidas al sucesor de Pedro. Así se

¹⁵ Son significativas en este sentido las Reglas para sentir con la Iglesia, con las que se cierra el libro de los Ejercicios espirituales. Verlas en el texto de los *Ejercicios Espirituales* [352-370], en I. IPARRAGUIRRE, obra citada.

¹⁶ Ver *Carta al P. Diego Mirón*, en: MHSI, vol 29, pp. 627.

constituye en maestro de cómo se debe obedecer: por una parte, con una inclinación natural a obedecer en lo que la autoridad pide; por otra, con una resistencia serena y confiada en el Señor si el Espíritu no parece secundar interiormente la orden recibida¹⁷.

La unión con Dios y la tarea apostólica

A comienzos del siglo XVI es todavía palpable el influjo de la corriente espiritual conocida como Devotio Moderna. Sus seguidores poseían un amor profundo a Jesús, una gran desconfianza hacia los modos místicos de orar y una tendencia a aislarse del mundo circundante, formando comunidades de laicos inspirados en los primeros cristianos, dispuestos a santificarse por medio del trabajo y de la vida común. Sin despreciar el servicio a los demás, no era ése el punto en que insistían más; su impresión general era que el contacto con el mundo contamina y, cuanto menos se le trate, mejor para el cristiano. Consideraban el mundo poco apto para la intimidad con Dios, y se sentían enormemente incómodos en una Iglesia asentada en comportamientos bastante mundanos. De ahí que sus deseos de reforma no intentaran conectar con la jerarquía, de la que desconfiaban profundamente por su aparente abandono de lo mejor que trajo consigo el Evangelio. El libro conocido como *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, muestra su espiritualidad repartida entre una gran desconfianza hacia las personas de cualquier género que sean, y el amor íntimo y lleno de ternura a Jesús, que llega a conmover el corazón de cualquier cristiano que se precie.

Ignacio de Loyola conecta con el amor profundo a Jesús, con la tendencia a imitar la vida de los primeros cristianos y con la desconfianza hacia un tipo determinado de mística, que considera patrimonio de espíritus ilusos. Pero se diferencia notablemente de la Devotio Moderna en su interés por los demás. Hay que leer sus cartas (que ocupan doce volúmenes) para comprobar el número incontable de veces en que une *el servicio divino con la ayuda al prójimo*¹⁸. Hasta tal punto que resulta inconcebible para él preocuparse de la primera sin atender simultáneamente a la segunda.

La preocupación por el *bien de las almas* es tan intensa en él, que aceptará la vida común en la Compañía solamente *por justos respetos, mirando siempre*

¹⁷ Ver su *Modo de tratar o negociar con cualquier superior*, en MHSI, vol 37, pp. 90-91.

¹⁸ Incluso en las Constituciones reduce alguna vez el fin de la Compañía a «...ayudar las ánimas para que consigan el último y supernatural fin suyo,...»: *Constituciones de la Compañía de Jesús* [813].

*al mayor servicio divino*¹⁹. Y cuando los estudiantes de la Compañía pidan más tiempo para orar, les hará ver que Dios espera de ellos que ayuden a otros, que esto supone preparación y que la preparación es fruto del estudio. O sea, que mejor es que sean buenos estudiantes, que buenos orantes. Porque por experiencia propia sabía que no se puede dedicar la persona a las dos cosas a la vez, si la oración se entiende solamente como ratos de soledad dedicados al trato con Dios.

En este punto Ignacio tiene una aportación definitiva a la espiritualidad: la solución al problema de compaginar la vida interior con la actividad apostólica. Lo importante para él no es convertirse en un gran orante, sino ponerse en disposición de que Dios manifieste su voluntad sobre nosotros. Cree que Dios nos mueve para enviarnos a los demás y por eso su oración, más que recrearse en la intimidad divina, busca distinguir (discernir) cuándo es Dios quien nos mueve y cuándo no a la hora de tomar decisiones que afectan a nuestra vida y a la ajena. Por tanto, el éxito de la oración no dependerá tanto de buscar medios para fundirnos en un solo ser con Dios, como de estar dispuestos a lo que quiera de nosotros, de tal manera que nos interese más lo suyo que lo nuestro²⁰. De ahí su convicción de que solamente es un verdadero orante quien tiene su voluntad puesta totalmente en las manos de Dios, y de que entre los que dedican mucho tiempo a orar el número de los ilusos sobrepasa el noventa por ciento. La seguridad del cristiano, por tanto, no estriba en aislarse de los peligros, sino en ir a ellos de la mano de Dios.

Se muestra incluso convencido de que Dios en determinados momentos, no sólo desea que se disminuya el tiempo que se dedica a la oración, sino que prefiere que se suprima. Generalmente esto lo hará siempre que pretenda que la persona se dedique a ayudar a los demás, algo a lo que Jesús atribuye absoluta prioridad respecto al trato con Dios privadamente o a través del culto. Por eso, si bien comprende a quien quiere disponer de tiempo abundante para su trato con Dios, considera fuera de tono al que se molesta por no poder tener suficiente, especialmente cuando es por atender al prójimo. Hasta tal punto cree que es más importante hacer la voluntad de Dios que ser un gran orante, que en casos conflictivos, más bien reduce el tiempo de oración a sus súbditos, para evitar que se aficionen a su práctica con detrimento de lo que Dios les pida.

Hacerse todo a todos

¹⁹ Ver *Constituciones de la Compañía de Jesús* [8].

²⁰ Ver *Carta al P. Urbano Fernandes*, en: MHSI, vol. 28, pp. 502.

En la evangelización Ignacio está hondamente preocupado por dos problemas endémicos: la capacidad receptiva del destinatario del mensaje y la preparación adecuada del que lo presenta. En un aspecto esencial de su espiritualidad, como la práctica de los Ejercicios, distingue entre las personas *que son para poco y las que son para mucho*²¹. Con las primeras habrá que emplear el tiempo justo para que aprovechen según su capacidad, pero sin pedirles que lleguen más lejos de lo que puedan dar de sí. Con las otras deberá emplearse todo el tiempo que demanden, por el mucho fruto que pueden dar una vez convertidas a Dios. Subraya especialmente que no se pierda el tiempo con personas de poca capacidad, ya que la escasez de operarios hace que falte tiempo para todo.

Esta dosificación en la entrega, que deberá corresponderse con la capacidad de las personas a las que se llega, tiene otra razón de ser: la misma escasez de operarios, que le hará recomendar que no se pierda el tiempo con las personas que no respondan adecuadamente, y lo moverá a concentrarse con especial dedicación en las personas que sí lo hacen, para multiplicar el efecto evangelizador. Se le nota especialmente cuando se le pide ayuda para una determinada ciudad, región o nación. Manda a los jesuitas de los que dispone, pero procura hacer comprender a los responsables civiles o eclesiásticos de la zona, que lo mejor que pueden hacer es invertir su dinero en fundar colegios de la Compañía, para que los sujetos que salgan de ellos potencien la labor de los que llegaron primero, e incluso los puedan relevar, tanto en la pastoral directa, como en la formación de nuevos evangelizadores²².

En una época como la suya era fácil encontrarse con hermanos separados en la fe enemistados con Roma. Frente a quienes opinaban que la defensa a ultranza de la fe romana era el mejor método para frenar las disensiones, Ignacio desaconseja el método apologético, impregnado de enfrentamientos y descalificaciones, insistiendo en dos vertientes complementarias: por una parte predicar las verdades de la fe, fundamentándolas y razonándolas, para la formación de un pueblo que había estado muy mal atendido en este campo; por otra, mostrando a los disidentes toda la caridad del mundo, con verdadero interés por la salvación de sus almas. A ello había que añadir el que los enviados vivieran claramente *alejados de toda avaricia*, pues está convencido de que en ella estriba una de las causas de la separación de Roma de grandes masas de fieles. El resultado de estos planteamientos no pudo ser mejor: gran parte de los territorios que parecían

²¹ Ver *Carta al P. Gaspar Loarte*, en: MHSI, vol. 40, pp. 495.

²² Ver *Instrucción a los Padres enviados a Alemania*, en: MHSI, vol. 42, pp. 245.

definitivamente perdidos para la Iglesia Católica, se reincorporaron a su comunión, y se frenó de modo rotundo el avance de las nuevas ideas²³.

Todo lo anterior trasluce otra gran preocupación de Ignacio en el terreno de la evangelización: la preparación de los sujetos. Donde mejor pudo desarrollar sus ideas fue en la puesta en marcha de la Compañía de Jesús. En ella llama la atención, para su época, el gran número de años que destina a la preparación. Era tan consciente de lo laborioso de la formación de los jesuitas, que no quería personas de cierta edad, salvo que ya estuvieran bien preparadas, porque consideraba necesarios un gran temple y una excelente salud para perseverar en los estudios con la dedicación que se pretendía. Supo comprender que uno de los grandes vacíos de la Iglesia Romana fue el desatender la preparación de los teólogos, cardenales y obispos, hasta tal punto que los innovadores como Lutero o Calvino no encontraron al principio en campo católico prácticamente nadie que se les pudiera oponer en el mismo terreno en que ellos planteaban las controversias, como hemos visto más arriba.

Este aprecio por la formación y esta ausencia de miedo a hacerse competentes en lo que lo son los que no comparten nuestra fe, es uno de sus legados más importantes. En los vaivenes del Humanismo y del primer Renacimiento hubo eclesiásticos que admiraron y aceptaron los nuevos logros de la ciencia y de la cultura, pero otros muchos vieron en esas innovaciones peligros para la fe. Ignacio fue siempre partidario de asomarse a todo lo que fuera de interés humano, para poder *entrar con la de ellos y salir con la propia*, o sea, interesarse por sus cosas para poder moverlos a interesarse por las de Jesús. Siempre ha habido sectores dentro de la Iglesia que han afirmado que la ciencia hincha. Pero en bastantes ocasiones no se ha traído a colación esta frase para afirmar una realidad que se da en el ser humano de vez en cuando, sino para ocultar la propia ignorancia y sentirse eximido de estar en primera línea, al servicio de Dios y de los hermanos. La historia posterior de la Compañía de Jesús, con sus luces y sus sombras, muestra sobradamente que los jesuitas asimilaron esta intuición apostólica de Ignacio y se insertaron en un abanico muy extenso dentro del saber humano, hasta el punto de haber contribuido en algunos casos al progreso mismo de la Humanidad. Porque una vez puestos a la labor es normal que se siga adelante con la tarea, sin detenerse en el campo específicamente evangélico. Ignacio siempre creyó que todo lo que contribuye al bien de la persona humana, contribuye inevitablemente a fomentar la gloria de Dios²⁴.

²³ Ver *Instrucción a los Padres enviados a Alemania*, en: MHSI, vol 42, pp. 244–245.

²⁴ Ver *Carta a los Padres y Hermanos de Coimbra*, en: MHSI, vol 22, pp. 508–509.

El secreto de un gran cristiano

Hay muchas personas que consideran a Ignacio de Loyola un gran organizador y un gran estratega, una especie de precursor de tiempos nuevos, especialmente dotado para abrir nuevas vías al Evangelio. Es posible que los jesuitas hayamos contribuido a dar esta impresión de su persona que, aunque grandiosa, no es del todo exacta en mi opinión. Porque Ignacio resultó un organizador y un precursor por dejar que Dios le gobernara la vida, ya que su primera idea de entrega a El no incluía ni de lejos nada que se pareciera a la Compañía de Jesús, ni a la estrategia apostólica que luego tuvo que desarrollar.

A partir de Manresa él mismo confiesa que *Dios lo enseñaba como a un niño*, colaborando él en dejarse llevar. Cree al principio que Dios lo quiere en Tierra Santa, para vivir donde vivió el Señor y convertir, si pudiera, a musulmanes a la fe cristiana. No puede quedarse, por exigencias del momento político y militar, y decide prepararse para ayudar a los demás, estudiando. Cuando esté preparado, e incluso se le hayan unido otros compañeros en la universidad de París, intentará junto con ellos volver a Tierra Santa. Sólo el hecho de que no pudieran hacerlo es lo que propicia que se pongan a las órdenes del papa, como Vicario de Cristo, para que los envíe adonde más falta hagan.

La dispersión en que se ven los lleva a plantearse si será conveniente formar un nuevo grupo religioso establecido formalmente en la Iglesia, y de aquí nace la Compañía de Jesús. Y todo lo demás que viene con ella, nace de la propia experiencia de Ignacio y sus compañeros, iluminados por la vocación que los anima a entregarse a la gloria de Dios y al servicio a los prójimos. Todos ellos, siguiendo el estilo de Ignacio, darán los pasos necesarios para la constitución de la Compañía, y para el modo de vida y de apostolado a desarrollar, intentando secundar a Dios con la ayuda de lo que Ignacio llamó discernimiento de espíritus, consistente en aprender a conocer su voluntad, para aceptarla en sus propias vidas.

El secreto de Ignacio está, por tanto, en que fue dócil a lo que Dios le fue poniendo en el alma con respecto a él y a los que lo rodeaban. Fue grande, y lo sigue siendo, no por sus intuiciones geniales (que las tuvo), sino porque supo dejarse llevar de Dios, hasta dedicarse en los últimos años de su vida a una tarea que él nunca hubiera apreciado en su juventud: la de gobernar a la Compañía desde Roma; él que, por sensibilidad, hubiera sido un peregrino permanente de Dios en Tierra Santa. Su aportación más sobresaliente a la Iglesia y a la

Humanidad la constituyen sin duda los Ejercicios Espirituales, precisamente porque propician que las personas que los hacen se animen a aceptar en su propia vida los planes de Dios, ya que El sabe como nadie dónde podrán dar mejor juego quienes se le pongan a tiro sin reservas.

Antonio M. Navas